

ANÉCDOTAS SOBRE EL DOCTOR CARLOS VAZ FERREIRA

Agapo Palomeque

Jóvenes estudiantes, señores Académicos, señores profesores, señoras y señores asistentes al Anfiteatro de nuestra sede del Instituto de Profesores “Artigas”: sean bienvenidos.

Este acto de homenaje al pensador Carlos Vaz Ferreira se realiza como parte de la coordinación de actividades académicas que han acordado la Academia Nacional de Letras -algunos de cuyos representantes se encuentran aquí- y el Instituto de Profesores Artigas, como paso previo al Convenio de Cooperación Cultural que ambas entidades se han propuesto suscribir próximamente.

El panel convocado para hoy está integrado por el profesor Mario López, el profesor Ricardo Pallares, el Dr. Héctor Gros Espiell y el profesor Gerardo Caetano. Gracias por honrarnos con su presencia.

Como introducción, me limitaré a relatar algunas anécdotas quizás no conocidas, salvo para quienes han indagado en detalle en la biografía del maestro.

La primera tiene que ver con sus años de estudiante liceal.

El niño Carlos Vaz Ferreira, que había nacido en 1872, nunca fue a la escuela. Recibió su educación primaria en su hogar, con docentes particulares. Por ello cuando entró al Liceo (recuérdese que la Enseñanza Secundaria oficial, entonces y hasta 1935, formaba parte de la Universidad) era un adolescente tímido y retraído, que no generó de inmediato amistades entre sus condiscípulos. Lo veían silencioso, desconfiado, y hasta huraño y hosco. Pero bien pronto comenzaron a rodearlo, ya que advirtieron su extraordinaria capacidad intelectual y su generosa disposición para explicarles los temas que les resultaban de comprensión complicada. Así se transformó en el verdadero maestro de los demás alumnos.

“Sus compañeros de año -relataba el ilustre abogado y periodista Juan Andrés Ramírez, que estuvo en los mismos cursos- se han acos-

tumbrado, hasta cierto punto, a pensar con su cerebro, y descuidan continuamente las cuestiones difíciles, confiados en que sabrá encontrar las mejores soluciones y las desarrollará cuando llegue el caso, en cuatro palabras, con la *concisión y claridad* que le son características (...)”.

Destaco esto último, concisión y claridad, virtudes tempranas que luego constituyeron un rasgo distintivo de la expresividad vazferreiriana. Recordemos que el fundador del IPA, Antonio Grompone -que fuera incondicional seguidor del maestro- dos meses después de su muerte, en un discurso de apertura de cursos de este centro, en el que se propuso rendirle homenaje (pero que en mi opinión fue una muestra de implacable aunque soterrada crítica¹), uno de los pocos rasgos que quedaron sin descalificar fue su extraordinaria claridad de lenguaje, tanto cuando era hablado como en el caso del escrito, que era también, como aquel, coloquial. Es que, como escribió una vez con acierto don Miguel de Unamuno, en sus libros “se siente hablar al hombre”.

“Además ya se ha formado en la Universidad una tradición –continúa recordando Juan Andrés Ramírez- el hecho de que hay estudiantes que no tienen más texto que el que da Vaz Ferreira en el patio, entre dos clases, entre dos exámenes, en una comida de amigos o en el Prado”. El Prado era precisamente, por el inmediato contacto con lo natural, su lugar preferido.

Recojo otra anécdota, proveniente de una versión biográfica que el maestro dictara a su hija Sara Vaz Ferreira de Echeverría, y que ésta leyera en el homenaje que la Junta Departamental de Canelones realizó el 20 de octubre de 1972 en conmemoración del centenario de su nacimiento.

Sobre fines del siglo XIX Vaz Ferreira atravesaba por un período de adversidad económica. Había accedido por concurso en 1897 a la cátedra de Filosofía que se dictaba en la Universidad (la había ganado en un acto en el que realizó un enjuiciamiento, ante un jurado que integraban sus propios profesores, de la filosofía que ellos mismos enseñaban), y con ello y pequeños aportes provenientes de clases particulares, desde el fallecimiento de su padre, el portugués Manuel Vaz Ferreira, mantenía a su hermana la poeta María Eugenia y a su madre, doña Belén Ribeiro, entonces ciega y paralítica. Con ese magro ingreso no podía casarse con Elvira Raimondi. Ella era una joven maestra a quien había

1 Llegó a afirmar que Vaz Ferreira había sido contrario a la formación de los docentes de Secundaria, lo que es un error fácilmente verificable con documentos.

conocido en ocasión de formar un tribunal que la examinara y con la que se había generado una relación afectiva recíproca.

Pero en 1900 le llegó un nombramiento como consejero de Enseñanza Primaria, con un sueldo de \$80 mensuales. Estaba enfermo en cama cuando recibió la noticia. De inmediato pidió un coche (por supuesto, de caballos) y se dirigió a la casa de don Pedro Raimondi a quien le manifestó el amor que sentía por su hija y su aspiración de casarse. Siguiendo las reglas de la época, el padre le solicitó estimara un plazo para hacerlo. “Un año, dos años...”, le sugiere. Y Vaz le contesta: “No, señor, ahora mismo. Tengo el coche en la puerta para ir al juzgado a apuntarnos”. Fue un matrimonio feliz, enriquecido por varios hijos. Del amor que sintió Vaz por su esposa queda como muestra elocuente la dedicatoria que puso en uno de sus libros: “A Elvira Raimondi de Vaz Ferreira, por quien, para mí, no todo lo real fue dolor y no todo lo ideal fue sueño”. Espléndida expresión, en su belleza formal y en la hondura de sentimientos que trasunta.

Una tercera referencia anecdótica tiene que ver con la publicación en 1897 de su primer libro: *Curso Expositivo de Psicología Elemental*, verdadera innovación para la época y punto de partida en el país del tratamiento científico del tema. Su difusión alcanzó los más remotos lugares del suelo americano. En la década del 1950, el rector de la Universidad de Ecuador le remitió como obsequio, en homenaje a quien consideraba el maestro, un ejemplar de dicha obra, con el que había estudiado en sus años juveniles. Lo insólito es que en la imposibilidad de comprarlo, lo tuvo que copiar a mano, tarea que le había llevado un año!

Vaz Ferreira autorizó hasta siete ediciones de tal obra. La última, de 1917, es este ejemplar que les estoy mostrando. Es hartito difícil encontrarlo, porque el propio Vaz Ferreira, quizás arrepentido de su contenido, quiso que desapareciera. Cuando yo era estudiante de Filosofía circuló la versión, muy verosímil, de que él personalmente se había ocupado de comprar todas las existencias en las librerías. Cuando en 1957 la Cámara de Representantes procedió a editar sus obras completas, que él revisara, tampoco consintió que se imprimiera. Extrañas actitudes que sólo se perdonan a los genios...

Mi última anécdota está relatada por Eduardo Víctor Haedo en su libro *Herrera, Caudillo Oriental*. Cuenta que a principios de siglo, cuando el célebre café *Tupí Nambá* tenía su sede próxima al Teatro Solís,

desde un rincón y a la distancia contemplaban la mesa donde se sentaban juntos José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira. A aquellos jóvenes estudiantes les inquietaba saber qué temas trascendentes podrían estar tratando las dos máximas figuras de la intelectualidad uruguaya, cuál sería la *gran palabra*, clave de la sabiduría, que los maestros intercambiaban. Pasó mucho tiempo antes de que cayeran en la cuenta de que no hablaban de nada: simplemente, en silencio, se limitaban a tomar café...

Sirvan estas evocaciones de mera introducción para los enfoques más centrados en lo específico del pensamiento de Vaz Ferreira, y por lo tanto más disfrutables, que desarrollarán a continuación nuestros ilustres invitados. Con ellos los dejo, no sin antes agradecer una vez más a los asistentes.